

# Una deconstrucción punk de la razón política neoliberal

## I. Ruido y disonancia

Ante la redefinición y reorganización del orden económico y político que restaura jerarquías, concentra riqueza y poder, y reduce la razón humana al dogma de los individuos racionales y egoístas, y que en su conjunto quiere disciplinarlos con creencias y estructuras que hacen que trabajemos para otros, es saludable y vital para la indisciplina intelectual, moral y política el articular un ruido disonante, antiautoritario y antieconómico en el espacio de las celebraciones y monotonía neoliberal.

Ante la reducción de la vida, habría que ensayar la destrucción de las estrategias y formas de disciplinamiento y pertenencia a las formas del poder del capital contemporáneo. Un paso en tal destrucción podría ser una deconstrucción de sus supuestos y fundamentos intelectuales, atacar analíticamente su naturalidad y mostrar la contingencia de su existencia histórica, la artificialidad de sus construcciones, así como también la de esta crítica que se articula para hacerlo.

Vivimos una época en la que en una situación de acelerado y complejo desarrollo de los medios de comunicación y su expansión en el mundo hace que las sociedades estén cada vez más intercomunicadas e informadas sobre la diversidad de las historias e instituciones sociales, pero a la vez estas redes son el soporte de una interpretación simplista y simplificadora de la heterogénea sustancia social.

Se expanden y complejizan las redes de información, pero la síntesis predominante que circula en esas redes y articula la interpretación político-cultural es una razón reductiva que tiende a usar todos los fragmentos de historias y estructuras sociales que circulan en esas redes de información como ejemplo a favor de una antropología y un modelo económico y político naturalizado.

Los discursos liberal y neoliberal se presentan como la mejor manera de pensar y abordar el cambio, el crecimiento económico y las libertades políticas. Lo paradójico es que se pretende hacerlo por la vía que llamaré cierre de la razón, que también tiene como consecuencia un cierre de la política.

Lo que distingue al neoliberalismo económico y político del liberalismo clásico, por llamarlo así, no es el contenido normativo, el modelo social o la antropología implícita, que básicamente son los mismos, sino el hecho de que el neoliberalismo se rearticula como un discurso y una política negadores de los desarrollos históricos en lo económico y lo político de las sociedades contemporáneas, experimentados durante el último siglo en particular.

El liberalismo como neoliberalismo es hoy más que nunca una ideología política de restauración y reducción social, y como tal inviable en el largo plazo, aunque predomine en la reorganización de las cosas del mundo por un tiempo.

Los primeros liberalismos fueron ideología de reforma y experiencia de lo nuevo en la vida social e individual, en tanto se transitaba desde sociedades estamentales. La concepción liberal de individuo, sociedad, economía y estado no ha cambiado sustancialmente desde entonces pero, sin embargo, las historias han experimentado desarrollos humanos y sociales no reducibles al modelo social y la antropología filosófica liberal.

Lo peculiar del discurso neoliberal es que presenta las crisis contemporáneas como resultado de los desvíos respecto del modelo liberal y no como un resultado de las estructuras económicas y sociales que dicen organizarse bajo sus principios, como es el caso del capitalismo.

Una de las pretensiones de validez del discurso neoliberal es la de la universalidad de sus convicciones sobre la naturaleza humana y el tipo de instituciones económicas y políticas más adecuadas a la misma. La secuencia que se establece es la siguiente. Nivel ontológico-antropológico: los individuos se caracterizan por tener una racionalidad microeconómica como guía estratégica de sus actos, que a su vez están motivados por una moralidad en principio egoísta que asume la solidaridad como un medio más, en ocasiones el más adecuado para realizar fines

predefinidos individualmente. La ontología social liberal concibe individuos constituidos antes de y fuera de las relaciones sociales. Su estructura de preferencias y las subjetividades en su conjunto estarían constituidas antes de su interrelación.

De esta manera, la vida social, las relaciones intersubjetivas, la vida humana en sentido amplio y fuerte, sólo aparecen en el momento de la acción estratégica o del despliegue de los medios para la realización de objetivos definidos asocialmente. La vida social sería el universo o espacio instrumental de los medios, en el que las personas interactúan en calidad de cosas que se desplazan y actúan para satisfacer fines que están fuera de ese espacio.

Así se origina una cosificación del mundo social. Elaborando una imagen de esta idea, se podría decir que los individuos entran en las aguas de lo social para realizar y establecer tareas y relaciones instrumentales con otros individuos, para volver lo más pronto posible a las orillas de lo asocial, que es donde se encontraría su punto de partida hacia lo social.

Lo social, la sociedad, únicamente en su medio para la realización de libertades, deseos y necesidades asocialmente originados e imaginados. La sociedad es, así, el espacio y el tiempo de interacción con los otros, en los que se debe evitar que la naturaleza humana esencialmente asocial resulte afectada. Por eso el liberalismo piensa la política como un conjunto limitado de instituciones normativas e instrumentales que intentan evitar que el tiempo y el espacio de lo social afecten negativamente a la naturaleza individual y asocial de los átomos que, sin embargo, deben interactuar como único medio de realizar sus fines y satisfacer sus necesidades.

La sociedad o lo social es el mal necesario, son las aguas peligrosas en las que todos los individuos se ven obligados a adentrarse para realizar sus fines; es el ámbito de aplicación del cálculo previo y también el espacio en el que deberán mostrar su valor para sí mismos y para los demás. En esto el pensamiento liberal ya empieza a traicionarse a sí mismo y a revelar sus inconsistencias. Si los individuos acaban autovalorándose de acuerdo a sus éxitos en el mercado, este valor se dimensiona también según cómo los otros individuos reconocen esos

méritos. En tal sentido, la autovaloración, que es su modo de construcción de la subjetividad, está medida por la valoración de las otras subjetividades. Incluso en ese núcleo de constitución del ego, lo social no es sólo una mediación sino una fuerza y una relación de institución de lo individual.

Para el liberalismo lo social es el mercado, el ámbito de los intercambios, no el de la producción de las cosas ni los individuos. Por lo general, el liberalismo sólo da cuenta del intercambio y la circulación de las cosas, no de su producción; habla de la circulación de los individuos como cosas, no de su constitución. Por eso los liberales muestran en este punto una tendencia a volverse esotéricos con su propia doctrina, o adoptan viejas y nuevas creencias que, si bien ofrecen una explicación sobre orígenes y esencias, siempre dejan una nebulosa sobre todas estas cosas. Tal vez esa sea precisamente su función, sobre todo hoy.

El pensar lo social como mercado es el modo de cosificar la concepción de la sociedad. Sin embargo, lo social no equivale automáticamente al mercado. El mercado es ya una reducción de lo social al intercambio regulado. Lo social en esencia es el ámbito de la naturaleza, como decían los viejos contractualistas, el de la guerra de todos contra todos. En principio los liberales pensaron el mundo de las interrelaciones como el enfrentamiento y la incertidumbre total o general. Lo social se vuelve mercado a través de la institución de lo político bajo la forma del estado, que es el que reduce lo social a mercado, a intercambios vigilados. El estado limita la violencia potencial de lo social.

Para el liberalismo, entrar en lo social es básicamente entrar en el corazón de las tinieblas, navegar por lo desconocido e inaprensible. Lo social produce temor. Los demás producen miedo. Los liberales piensan que los individuos son mónadas autosuficientes en su constitución pero necesitan el espacio de lo social como medio para la satisfacción de sus necesidades y fines.

El liberalismo siempre ha pensado la política como medio de reducir el temor a lo social y como mecanismo para organizar seguridad en las travesías e incursiones por lo social o la sociedad. Se piensa la política a partir de la vigilancia, la protección y el castigo. La política y el estado son los límites o la limitación de lo social.

Desde el primer liberal moderno, Hobbes, los individuos crean y aceptan el estado a partir de la pasión elemental del miedo, para conjurarlo, para reducir la inseguridad que produce. La solución es la concentración de los poderes, la fuerza y la autoridad para legislar y castigar.

Los individuos liberales son como huérfanos que desconocen sus orígenes y están desprotegidos. Así, encuentran en el estado el padre imaginado, su protector y guardián que actúa por la vía de la autoridad y no del amor, el que castiga a los hermanos envidiosos.

A su vez, estos propietarios huérfanos que se inventan un padre político, se constituyen en la cabeza de un cuerpo patriarcal en el que mujeres e hijos se vuelven incapaces de libertad en tanto no son titulares de propiedad. La autoridad familiar ofrece protección y seguridad a la vez que cancela la libertad de los otros. La fuente de la autoridad es la propiedad. Este patriarcalismo se ha ido diluyendo y modificando pero no ha desaparecido.

La ideología liberal exalta el modelo de los individuos emprendedores y competidores, que arriesgan y ganan. Los propietarios capitalistas compiten, sí, bajo la condición de conjura de su miedo que es el estado, bajo su mirada vigilante y protectora. No lo hacen con una pequeña ayuda de sus amigos, como dice la canción de los Beatles, sino con la ayuda del estado, que moviliza todos sus recursos para que sus hijos pequeños y grandes demuestren sus habilidades para apropiarse del trabajo ajeno.

Cuando los capitalistas protestan contra el estado, la situación se parece a la de los niños engreídos que reclaman al padre más recursos y menos reglas, pero nunca el cese de la protección.

Los individuos liberales son los que sintieron miedo de lo social y en consecuencia necesitaron y crearon al estado para conjurar y controlar su temor. Se podría decir que, en esta perspectiva, la política es un exorcismo de lo social. También se puede decir que en esta ontología parece que los individuos son de una naturaleza dual: mientras están solos son buenos y racionales, pero cuando entran en contacto con otros pierden racionalidad e incluso pueden hacerse destructivos. La política, entonces, es un artificio para controlar el lado malo de la naturaleza humana que sólo aflora en las aguas de lo social. La pureza de la

naturaleza humana está en lo individual, y su imperfección y maldad en lo social.

Se suele decir que el liberalismo conlleva una concepción negativa de la política porque asume la positividad en lo social, que no debería ser intervenido o reorganizado desde la política. Considero que no es una opinión muy acertada. Los liberales tienen una concepción negativa de la política porque tienen una concepción más negativa de lo social. Ante la imposibilidad de eliminar lo social se opta por limitarlo, y eso es lo que hace la política como estado. Cuando los neoliberales critican la expansión de la política y del estado no están defendiendo lo social, sino que están criticando el hecho de que la política amplía la institución de lo social.

Los liberales pensaron la política como estado para limitar lo social, pero ocurre que en la historia la ampliación de la política más allá del estado hizo que éste mismo se ampliara para neutralizar esa política en sus márgenes, y al desplegarse ambos tipos de politización se ampliaba y fortalecía el espacio y el tiempo de lo social.

La politización produce densidad y continuidad de lo social y, así volvemos al corazón de las tinieblas. Para los liberales aumenta el miedo y la insatisfacción de los acumuladores. Entonces, es preciso despolitizar y, así, desocializar. Existe el temor a la extensión de lo social porque podría acabar con el estado, y esta catástrofe de la autoridad podría cancelar la propiedad.

La socialización general equivaldría a la fluidez continua de los bienes colectivos. Este grado de contingencia resulta insoportable para los liberales del individualismo posesivo, las mónadas propietarias. Una otra paradoja: el liberalismo duro define al individuo en su núcleo a partir de algo que le es externo: la propiedad o sus posesiones.

Cuando los liberales critican la política, la expansión de la política, lo que critican es la socialización de la política, la expansión de lo social. El neoliberalismo es el pensamiento de la reducción de lo social, el renacimiento del miedo a lo social. El neoliberalismo es un pensamiento y una acción de desmontaje de los escenarios de democratización modernos. Lo neoliberal es la negación política del principio de la igualdad alcanzable o posible, no de la natural, ya que en esencia somos

desiguales. Retrotrae a los individuos desde los espacios de deliberación a los del cálculo privado.

El liberalismo trata de sostener la contingencia de la desigualdad social sobre supuestos fundamentalistas o esencialistas y reduccionistas a la vez. Se postula la promoción del mundo del mercado y el tipo de desarrollo capitalista en relación a una idea de esencia humana que constituye una antropología negativa, sintetizada en la imagen del individuo egoísta calculador y posesivo, que es una reducción de la vida humana a sólo uno de sus resultados históricos.

El modo liberal de reducir y controlar lo social consiste en la conversión de lo social a la figura del mercado bajo protección estatal. Para los liberales no hay, en rigor, contradicción entre mercado y estado; éste es condición normativa y coercitiva de aquél.

El mercado limita y controla al otro a través del poder económico. La articulación de mercado y capitalismo es un modo de vivir las relaciones sociales como si no fueran sociales, a través de cosas y símbolos de cantidades de cosas. Ese mercado nos hace indiferentes a la libertad del otro y la cancela; el individuo ya no es una subjetividad sino un poseedor de bienes o símbolos de bienes.

El liberalismo, que es una forma de subjetivismo cósmico radical, tiene problemas con la intersubjetividad. Piensa la interacción individual básicamente a través de la mediación de las cosas convertidas en mercancías. El mercado es el ámbito de la intersubjetividad instrumental. Por eso la razón política neoliberal se aleja de la deliberación en un ejercicio de negociación cuando está en el mercado, y deviene monológica cuando está en el estado o es razón de estado. Así, este subjetivismo se vuelve un objetualismo incapaz de explicar la formación e historia de la subjetividad y las dimensiones no instrumentales de la intersubjetividad.

A eso mismo responde la fuerte tendencia a pensar y organizar la política como mercado, es decir, como comercio en las puertas del estado, a veces en sus patios interiores, aunque se prefiere que no penetre mucho para evitar que empiece a perder la cualidad y capacidad de vigilancia de lo social limitado o controlado como mercado y el consiguiente riesgo de disolver su propia condición de continuidad, pacificación y protección.

El carácter reducido de la razón política neoliberal hace que al querer expandir la lógica de su paradigma sobre su punto de partida, es decir, la racionalidad del individuo calculador y maximizador, al ámbito de la política, a la práctica de la política, pone en tensión y peligro los mismos fines y funciones del estado. Por un lado, al tener un paradigma que reduce la vida humana a formas de su antropología negativa, al pensar la política lógicamente, también tendría que pensar la acción como mercado en el que interactúan individuos competidores y egoístas. Por otro lado, se piensa la política como estado para controlar y vigilar y reducir la interacción social como mercado. Se quiere que la política cumpla tareas diferentes al mercado pero sobre la base de prácticas similares.

Aquí estamos frente a una imposibilidad y paradoja constitutiva. Para resolver en parte este problema, algunos dirían que la política como mercado se hace en las puertas del estado como competencia electoral, que sería el lugar de la democracia, y que el estado debería cancelar al mercado en su seno, pues de no hacerlo no cumpliría su tarea.

Esto nos da pie para argumentar que los liberales, entonces, conciben la democracia como un mercado fuera del estado, alrededor del estado, como diría el simpático monstruo de Plaza Sésamo. Un mercado en el que se compite y negocia por el acceso al ejercicio de sus poderes y el usufructo de sus bienes de autoridad<sup>1</sup>.

Siguiendo la lógica de un argumento anterior que sostenía que el estado era un modo de reducción y control de lo social en los márgenes del mercado, se podría decir que la democracia liberal es un modo de reducción de la política que tiende a aparecer fuera del estado, convirtiéndola en un mercado. Es su intento de reformarla según el modelo de mercado. En este sentido, la razón política neoliberal es un modo de reducción de la diversidad de prácticas políticas a su modelo de interacción instrumental, y de reducción de lo social al mismo tiempo. De ahí que sea problemático pensar la diversidad y el pluralismo a partir de ella.

Pensar la democracia más allá del mercado implica pensar e incluir lo social más allá del mercado, que era lo que originaba la nece-

1. Cfr. Linblom, Charles: *Politics and Markets*, Basic Books, 1977.



sidad del estado. Pensar la democracia más allá del mercado implica pensar la contingencia del estado. Pensar la democracia más allá del mercado implica pensar la historia de la política alrededor del estado, que produce y amplía lo social, que es lo que reduce la necesidad del estado guardián-protector autoritario.

Democratizar implica ampliar el reconocimiento de lo social y su contingencia a través de una ampliación de la política que se desplaza de la estatal vigilancia y protección de la propiedad privada y la reducción de lo social, hacia la producción intersubjetiva y dialógica de la subjetividad individual y el horizonte cultural de existencia colectiva.

## II. El miedo a la libertad de los otros

Si bien el liberalismo es un discurso que articula de manera central la idea de la libertad individual, el liberalismo, y en particular el neoliberalismo, es una mentalidad que tiene miedo de la libertad de los otros. La libertad individual no se relaciona con otras libertades individuales como ejercicio dialógico de la razón y la acción, sino como interacciones que resultan de cálculos estratégicos monológicos; en consecuencia, hay negociación y utilización de unas por otras.

En el mejor de los casos, la libertad de otro u otra es un medio para la libertad de uno. La libertad de los otros nunca es un fin en sí mismo. Es algo que hay que tolerar para sostener lógicamente la propia libertad. La tolerancia, así, es algo que se practica bajo vigilancia estatal. No hay una aceptación ni un deseo directos de la libertad de los otros; éstos se dan a través de la mediación estatal.

Por tales motivos también la democracia se piensa básicamente como competencia y negociación, y no como construcción y aprendizaje colectivos. En este sentido, lo que los liberales llaman democracia se vuelve un modo de controlar la libertad de los otros, un modo de reducir a mercado y de delegación del potencial de socialización que tiene su presencia en la política. En la democracia liberal los individuos aparecen por un instante en la política para renovar periódicamente la entrega de su libertad al estado. Esa delegación de poderes-libertades que se reali-

za en el mito del contrato social en el momento constitutivo del estado, y que los individuos repetirían como rito de legitimación y renovación de la entrega de su libertad en cada momento electoral. Este rito de renovación es realizado según la mentalidad del modelo de mercado por aquellos que deciden realizar su libertad como mediadores de la entrega de la libertad de otros.

Cuando la política que se organiza alrededor de o por fuera del estado no se dirige a la entrega de las libertades, se podría decir que el miedo a la libertad de los otros está siendo un poco desplazado por el deseo de la libertad de los otros. Me parece que la libertad en su sentido más fuerte tiene que ver con el deseo de la libertad de los otros. Mientras se sienta miedo a la libertad de los otros, la democracia no dejará de ser instrumental o meramente procedimental, como lo sostienen las teorías políticas predominantes en la actualidad; es lo que se conoce como la definición mínima de democracia. En ella se opera la reducción de lo social a un simple medio.

Si se llega a desear la libertad de los otros como un fin en sí mismo, entonces también se piensa la democracia como un fin en sí mismo, en el que la contingencia e incertidumbre no sólo sería la de los resultados sino también la de las mismas reglas o procedimientos<sup>2</sup>, ya que los medios medios son.

Cuando se enuncia que la democracia debería ser básicamente y únicamente un régimen procedimental, es decir, un medio complejo y compuesto, se está estableciendo también un fin: modelar y practicar la democracia bajo esos parámetros. El procedimentalismo es un modo de neutralizar y reducir lo social: la fuerza de la masa, diría Zavaleta.

El neoliberalismo es la negación de la racionalidad democrática, entendida como la coexistencia de varias alternativas de desarrollo. El neoliberalismo ha propiciado una serie de reformas de los estados, sobre todo en el ámbito regional, pero también a escala mundial, en las que se asume una definición monolítica de la estrategia de desarrollo económico, consistente en el desmontaje de las formas y los espacios

2. Cfr. Przeworski, Adam: *Democracy and the Market*, Cambridge University Press, 1991.

políticos (democráticos algunos, otros solamente nacionales) que estarían trabando la transnacionalización de los procesos de acumulación y apropiación del plusvalor en esta fase de relanzamiento del capitalismo.

Ocurre que las reformas neoliberales, que son esencialmente desdemocratizadoras, se han implementado en una época que algunos autores llaman tercera ola de democratización<sup>3</sup>, sobre todo en América Latina y Europa oriental, que permite sostener a muchos una relación intrínseca entre mercado (capitalismo) y democracia. Considero que esta simultaneidad histórica es posible en la medida en que durante buena parte de esta tercera ola se ha producido una redefinición y un rediseño de la democracia sobre la base de la llamada definición mínima, es decir, la organización de la democracia como medio de competencia y selección de élites gobernantes, en contextos en que los sistemas de partidos se han organizado o reorganizado según la pauta de un creciente predominio de los empresarios en la dirección de cada uno de ellos. El neoliberalismo ha reformado y rediseñado la democracia a su medida. El neoliberalismo es la conciencia y discurso de la propiedad monopolística que quiere reducir el peligro redistributivo y el de las limitaciones a la acumulación. La racionalidad implícita del neoliberalismo es la reproducción ampliada del capital, y eso no se discute.

La política económica neoliberal es una definición cerrada de los fines y tareas del estado en relación a la economía y el desarrollo. El pensamiento político neoliberal actual es la repetición de la idea del estado como protector o asegurador de la propiedad privada y su libre concurrencia en el mercado, sólo que en condiciones de monopolización transnacional. El neoliberalismo es el discurso del capital monopólico transnacional.

La reforma neoliberal del estado ha modificado lo que podemos llamar su dimensión moral, en la que además de los fines y normas, podemos incluir las responsabilidades asumidas o reconocidas por el estado. En la reforma, que básicamente tiene que ver con desmontar las responsabilidades del estado, como la educación, la salud, el empleo, lo

3. Cfr. Huntington, Samuel: *La tercera ola*, Paidós, 1994 y Markoff, John: *Waves of Democracy*, Pine Forge, 1996.

que se está atacando es lo que se suele llamar el área social de las políticas del estado. Lo que se busca es una desocialización de la dimensión moral del estado. Una vez más, el neoliberalismo es una negación de lo social. Cuando la dimensión moral del estado se desocializa, la política tendencialmente también se desdemocratiza.

El neoliberalismo es un discurso y una práctica de disciplinamiento. En la medida en que se reduce o deja de existir el espacio político de ejercicio positivo de las libertades, y se nos obliga a actuar en el mercado, la tendencia a la subordinación a los poderes económicos es inevitable. En el mercado capitalista no se delibera porque en él no somos iguales. La política de ampliación del mercado como regulador social es una eliminación de sujetos políticos.

En cambio, en el espacio de la política democrática se puede discutir y desarrollar la igualdad y, en consecuencia, puede y debe haber un ejercicio dialógico de la razón. En el mercado no hay razonamiento dialógico porque no se reconoce la igualdad de los individuos; éstos son portadores de cantidades diferentes y posiciones asimétricas, intercambiables pero no equivalentes.

Detrás de la idea de mercado se oculta el momento de la producción, que es el ámbito duro del disciplinamiento. El mercado en el capitalismo es un momento de entrada y salida temporal en relación a la producción. Debajo de la aparente libertad de mercado subyace la disciplina de la fábrica, o su equivalente, y el poder todavía patriarcal del capital.

Debajo del mercado subyace la autoridad de la propiedad. Y debajo de ésta, la historicidad y contingencia de esas poderosas estructuras de desigualdad, no la naturaleza humana ni la esencia transtemporal del orden social.

En el momento principal del capitalismo, que es el de la producción del valor o transformación, se da la eliminación de las libertades de los productores. El momento de la producción capitalista es el de la máxima autoridad de la propiedad. El capitalismo como régimen de producción es también un régimen de disciplinamiento y subordinación. Es el equivalente del Leviatán en la economía, en la producción. Es la autoridad sin contrato social; el poder a partir de la desigualdad, pro-

duciendo desigualdad. El espacio y el tiempo del capital es el de la autoridad del monopolio económico.

Al inicio de esta reflexión decía que la razón política neoliberal es un cierre de la razón, y ahora propongo algunos criterios. El neoliberalismo toma una opción y hace una definición irreversible. Se puede y se debe pensar/calcular cada vez para intervenir en el mercado y maximizar beneficios, pero dentro de un espectro ya definido. Cualquier innovación o cambio debe darse dentro del mercado y por su causa. Se ha definido el orden social de una vez y para siempre. La razón debe calcular, no reflexionar.

El neoliberalismo es la negación de la reflexión y de la pluralidad de la razón. Es la reducción de todas las formas de pensamiento al cálculo instrumental. En este sentido, es un discurso que cierra la razón a sólo una de sus dimensiones y sólo uno de sus fines. Otra vez, diría, se trata de reducir lo social al reducir el mundo de la razón a un tipo de mentalidad. En esta perspectiva, el neoliberalismo es una normatividad negativa del pensamiento.

El neoliberalismo es una estrategia general de reducción de lo social, así como de explotación y acumulación monopolista que se remiten al territorio delimitado de lo que se concibe como asocial, presocial, postsocial, desocializado.

El neoliberalismo es una estrategia discursiva de ocultación continua de la sociedad o de lo social en los hechos históricos. Es una estrategia de reducción de los hechos sociales e históricos a una mera circulación de cosas y satisfacción de cálculos instrumentales. En este sentido, es una estrategia discursiva de reducción de la complejidad en la intelección de lo real. Es una reducción ideológica y un esquema de organización, justificación y legitimación de las estructuras sociales de desigualdad, negadas o desconocidas precisamente a través de ella.

Al ser una forma de desconocimiento de la desigualdad, es una forma de desconocimiento de lo social. Por eso su carga intelectual es normativa, ordenadora y disciplinadora, no cognitiva. Otro modo de cierre de la razón. Toda razón que se cierra se piensa eterna y verdadera, y por consiguiente desconoce sus fortalezas y debilidades; actúa y triunfa

por la fuerza y coerción de los hechos. Por tanto, una crítica del discurso no desorganiza esos hechos, pero puede ayudar.

Hay un tipo de liberalismo antiesencialista, no fundamentalista, que se piensa a sí mismo contingente a partir de una deconstrucción de las teorías de la verdad modernas. Nos referimos al de Rorty, que es una razón abierta a las redescripciones y redefiniciones de uno mismo y el mundo, abierto a la ironía en procesos de conversación pública<sup>4</sup>. Puesto que este tipo de liberalismo no es predominante, como tampoco lo es la tradición de Mill y Dewey que pensaron el autodesarrollo, mi texto no habla de ellos.

Se podría decir que he hecho una caricatura, y tal vez sea verdad. Pero creo que eso no la invalida porque con caricaturas también se ejerce la dominación. Algunos dicen que el neoliberalismo ya se ha agotado. El hecho de que tenga limitaciones no significa que hayamos dejado de experimentar su predominio. Creo que en la región todavía sigue en avance, por eso me empeño en arremeter contra él una vez más.

Varias de las cosas aquí expuestas ya fueron pensadas y dichas por otros anteriormente, otras no. Creo que de esta forma uno puede articular su conciencia y pensamiento, rearticular cosas oídas y leídas que nos orientan, a lo que añadimos el trabajo individual personal, una y otra vez, a modo de redescibir y reflexionar nuestro mundo y de rearticularse a uno mismo. Para eso creo que es mejor el diálogo, y no la autoridad, ni el cálculo, ni el cierre de la razón y el mercado.

4. Cfr. Rorty Richard: *Essays on Heidegger and Others y Contingency, Irony and Solidarity*, Cambridge University Press, 1991 y 1989, respectivamente.